

—Yo acompañaré al lictor—dijo—porque quiero saber si las órdenes del César son fielmente ejecutadas, y deseo evitar que las complacencias de los magistrados con sus amigos favorezcan la fuga de los culpables.

La audacia con que Cneyo habia pasado el papel de acusado al de acusador, y del estado de la obediencia al del mando, dominaba á todos aquellos hombres, que le apresuraban á prometerle, con su respectiva cooperacion, el perseguiamiento y la captura de los delincuentes.

Fortunata se presentó de nuevo en la sala ántes que Cneyo hubiese marchado con el decurion, y pudo oír apuntar el nombre de Metelo entre los de los jóvenes á quienes se debia prender. Metelo vivia en uno de los extremos de la ciudad, bastante léjos, para que pudiese recibir un aviso ántes que Cneyo llegase á su casa, por tener que detenerse ademas en la prision de los otros. Fortunata encargó á un esclavo que trasmitiese con toda urgencia un billete (tableta) á Marcia, la madre de Metelo, para prevenirle que ocultase á su hijo. Esta conducta de Fortunata no era hija de su cariño ni de su amistad hácia Marcia: otro móvil era el que la impulsaba á intentar la salvacion de Metelo; porque Fortunata se garantia á sí propia con

aquel servicio, el silencio de la madre de aquel jóven sobre las intrigas amorosas en que ésta la protegía, y anticipándose á lo que Marcia podia reclamarle, se evitaba exigencias y amenazas.

Cneyo partió en busca de los que habian atropellado á su hermana, casi al mismo tiempo que lo hacia el esclavo que Fortunata enviaba á Marcia, y cuando fueron tomadas todas estas medidas, empezaron á retirarse los magistrados, que, por estar en casa de Bibulo, ó por haber sido llamados, se encontraban reunidos en ella; quedando solos por vez primera el Duunviro y su esposa.

Las secretas explicaciones que mediaron entre ambos no merecen la pena de figurar en este relato.

## VII.

Silia permanecia inmóvil como una estatua desde que fué conducida y aprisionada en una habitacion ó departamento tenebroso, el cual parecia que se habia tenido la premeditacion de alumbrarlo con una lámpara, á fin de que ofreciese un aspecto aún más pavoroso y horrible. Sentada en el borde del miserable lecho que se le habia destinado, meditaba aquella dama

infeliz sobre todos los incidentes de aquel día memorable, midiendo la grandeza de las esperanzas, desde cuya altura se había desplomado su porvenir, para considerarse más desgraciada aún por las desdichas que le amenazaban que por las que sufría en aquellos momentos.

La viuda de Silano estaba aterrada ante la suerte que la esperaba.

Su pensamiento no se ocupaba de las riquezas materiales que iba á perder; pero sí de las inefables dichas que para siempre se alejaban de su existencia. No tenía para nada en cuenta cuál había sido su elevada posición; pero consideraba cuán grande era su desventura, por más que la profundidad de su caída tremenda fuese tan patente á la vista como podía serlo á la reflexión.

El miserable á quien se le encuentra en una prisión lleno de andrajos, extenuado por el hambre y desfigurado por los sufrimientos, tiene necesidad, cuando no posee un nombre notoriamente conocido, de hacer un extenso relato para que pueda comprenderse la diferencia de lo que fué y de lo que ha llegado á ser; pero el que hubiera entrado en la prisión de Silia, hubiera juzgado desde luego, sin necesidad de explicación ninguna, cuán grande era el infortunio de aquella mujer. Silia se conser

vaba vestida con un traje suntuoso, con la cabeza coronada de flores, los brazos cubiertos de ricos brazaletes y las manos de sortijas preciosas; los elegantes pliegues de su túnica permitían admirar toda la belleza y esbeltez de sus delicadas formas, brillando éstas aún más y más por el refinamiento y exquisita coquetería de su tocado. Y aquella mujer, tan hermosa y tan encantadora, súbitamente separada de los goces de un festín, de los triunfos de su belleza y de una vida elegante llena de deleites, de molicie y de placeres, se encontraba trasportada y hundida en una prisión húmeda y oscura, sentada sobre un miserable camastro, apoyando sus delicados piés en una piedra sucia y fría, con la vista del pensamiento fija, ó mejor dicho, sumergida en el pasado de su existencia, que su memoria recorría hora por hora. Tal era el estado y la situación de Silia cuando se presentó Fortunata en su calabozo.

Todo lo que aquella desventurada mujer hubiera podido inspirar en sentimientos de lástima y piedad á la persona más indiferente ó insensible, fué motivo de satisfacción y gozo en el corazón de su implacable enemiga, quien quizás no hubiera comprendido tampoco todo el alcance de la tremenda desgracia de Silia si hubiese

encontrado á ésta pobremente vestida y no hubiera podido comparar la riqueza y elegancia de su traje con el lugar triste y miserable en que se hallaba.

Fortunata, no queriendo alterar la emoci6n del placer que experimentaba, permaneci6 por un momento muda y silenciosa saboreando su venganza, y orden6 con un gesto á los esclavos que conducian á Chrysis que depositasen á la j6ven sobre el mismo lecho donde estaba Silia sentada. Esta se levant6 maquinalmente; pero luego empez6 á extrañarse de lo que pasaba á su alrededor, hasta que por último pregunt6 qui6n era aquella mujer que se le daba por compañera en tal estado. Fortunata ent6nces, desde la puerta de la prisi6n, exclam6:

—Silia, ahí tienes á tu hija.

Fortunata habia calculado perfectamente todas las angustias que en aquel momento debian destrozár el coraz6n de aquella infeliz mujer: ninguna, en efecto, dej6 de atormentarle. Al principio crey6 que su hija estaba muerta: su hija, abandonada por ella, y á quien este abandono habia originado la muerte, le reconvenia como á una madre desnaturalizada por haber asesinado á su hija. Luego pens6 que Chrysis hubiera preferido la muerte á la ignominia y al deshonor que la espera-

ba, y esta suposici6n no fué m6enos cruel para Silia: era una lecci6n de los deberes de la virtud, que recibia precisamente de aquella á quien debia dar ejemplo de madre honrada y virtuosa.

Por último, Silia pudo apercibirse de que su hija no estaba muerta.

Habia m6as que suficientes motivos para que Silia estuviese triste y avergonzada ante la presencia de su hija; pero el sentimiento maternal, ese amor bellisimo de la mujer hácia el fruto de sus entrañas, se sobrepus6 á su tristeza, domin6 todo otro sentimiento, y Silia lanz6 un grito de alegría al ver que su hija volvia á la vida: grito semejante al que diera en el instante mismo de verla nacer.

Aquella mujer se convirti6 toda ella en madre, llamando con sus cariñosos cuidados aquella existencia dudosa que no permitia distinguir aún si era que volvia á la vida ó era que se extinguía. Silia seguía con ansiedad indecible los latidos de aquel coraz6n, que sólo una madre pudiera percibirlos, segun lo débiles que eran sus pulsaciones.

Por último, reaparecia por completo la vida con una respiraci6n perfecta; el rostro de Chrysis se reanimaba, y sus miembros daban señales de movimiento. No faltaba m6as que la palabra y la mirada: la

palabra, ese testimonio prodigioso que nos demuestra que las funciones del alma se ponen en acción, cuando al cuerpo vuelve la vida: la mirada, ese triple sentido que ve, que siente y que habla.

Silia, inclinada sobre su hija, aguardaba que ésta abriese los ojos y que recuperase la palabra. Chrysis, después de haberse agitado largo rato, como queriendo sacudir su letargo, se incorporó un poco y abrió los ojos.

—¡Oh, mi madre!—murmuró con débil voz—¡Madre! ¡madre mía!

Este dulce y santo nombre fué pronunciado por Chrysis maquinalmente, sin que demostrase darle en aquel momento expresión ninguna de temor ni de esperanza. Parecía que sólo era el eco lejano que se extinguía de una frase pronunciada algunas horas ántes en presencia de un peligro, y que áun resonaba en el espacio cuando había ya perecido la que de tal modo imploraba un socorro que no se presentó nadie á prestarle. Así era en efecto: Chrysis había lanzado gritos semejantes, no hacía muchas horas, en medio de la mayor desesperación y mezclados con sus lágrimas y sus sollozos, hasta que una mano impura y atrevida los había detenido en sus labios; y cuando la jóven perdió el conocimiento, embargada por el

dolor, aquellos gritos quedaron contenidos en lo más profundo de su corazón. Después, al volver en sí, esos mismos gritos se manifestaban con las primeras manifestaciones de la palabra, y de ningún modo con las de la razón. Sin embargo, Chrysis no la había perdido, pero todavía le faltaba la memoria.

Silia, al escuchar aquella frase, gritó á su vez:

—¡Aquí me tienes, Chrysis!

La jóven volvió la vista buscando á quien así le hablaba; y aquella mirada tierna é inconsciente, que en el primer momento había dirigido á su alrededor, se iluminó de repente con toda la inteligencia de su alma, con todo el fuego de su vida y con toda la intensidad de su dolor.

¡Oh! los que niegan la existencia del alma como espíritu divino é impalpable, es porque no han tenido ocasión de ver la influencia de ese rayo de luz inteligente que de repente ilumina la mirada de un sér que recobra la razón.

Cuando Chrysis pudo ver á su madre con los ojos del alma y la hubo reconocido, dejóse caer consternada en el lecho, cubriéndose el rostro con las manos y prorumpiendo en amargo lloro. Por más intentó que sea en una jóven el dolor que la aflija, siempre le produce lágrimas: el

dolor agudo y seco sólo es posible en los corazones devorados ya por la lucha de las pasiones, que los abrasan y los reducen á cenizas.

Silia lloraba también y hacía esfuerzos para calmar las angustias de su hija, interpretando erróneamente cuál era el sentimiento que había impulsado á Chrysis para escapar de los brazos de su madre. Silia la llamaba á sí, rogándole que la perdonase, y Chrysis por su parte mezclaba también con sus lágrimas frases de ruegos y de súplicas. Mutuamente imploraban perdón la una de la otra.

Silia fué la primera á quien causó extrañeza la desesperación que demostraba su hija, y no pudiendo sospechar la causa de ella, dijo á Chrysis:

—Pobre hija mía, ¿conoces acaso los decretos de Nerón?

Esta pregunta debía ser naturalmente seguida de otras muchas.—¿Qué es de tu hermano? ¿Dónde has sido arrestada? ¿Quién te ha hecho saber la fatal noticia?

Chrysis parecía no comprender nada de aquello que se le preguntaba, lo cual no pudo menos de sorprender á Silia, que no se explicaba entonces por qué se le había llevado á su hija en aquel estado.

Esta confusión de ideas y de pensamientos entre dos seres que tanta necesidad

tenían de comprenderse, duró aún mucho tiempo con una serie de preguntas y de respuestas incoherentes é inexplicables, así para la una como para la otra.

—¿A dónde te ha conducido el poeta Eumolpe?—preguntaba Silia.

—¡Oh, no me lo preguntéis, por favor!—respondía Chrysis.

—Yo estaba en la creencia de que Fausto, el tribuno, os había dado asilo. No has sido arrestada en casa de Fausto?

—Pues qué, ¿yo he sido arrestada?

—¿Tú no recuerdas que fueran unos soldados á buscarte?

—No: fué Eumolpe quien me dijo que vos me llamabais, y sólo así pude seguirle.

—¿A dónde le seguiste?

—Me dijo que íbamos á tu casa.

—¿A mi casa?

—¡Ah! Yo reconocí desde el primer momento que aquella no podía ser la casa de mi madre!... Quise escapar; pero se me detuvo por la violencia, á pesar de mis gritos, y entonces....

Las lágrimas y los sollozos de Chrysis no la dejaban continuar, y sólo tuvo fuerzas para exclamar:

—¡Oh madre mía, madre mía!

Y se ocultó el rostro entre las manos.

Silia creyó comprenderlo todo; pero rechazó en el acto la suposición que le asaltó

en el pensamiento. Imaginar una desgracia semejante, si no era cierta, equivalía casi á una profanacion de la inocencia de su hija; pero ante las apariencias de aquel inconsolable estado, cuyas demostraciones de dolor no cesaban, Silia tenía el deber y la necesidad de averiguar la causa de que Chrysis, avergonzada, se ocultase el rostro entre las manos.

El llanto de Chrysis no era, segun lo habia creído Silia en un principio, la desesperacion de una hija en presencia de la madre que la habia rechazado. Aquellas lágrimas no expresaban ninguna de las reconvenções que temia Silia. Tampoco eran efecto del terror producido por un arresto que Chrysis aparentaba ignorar, ignorando por consiguiente el motivo que lo provocase y sus consecuencias. ¿Qué era, pues, lo que afligia á su hija? Silia no pudo ménos de meditar seriamente sobre esa pregunta, que se dirigió á sí misma.

Absorta é inmóvil quedó Silia contemplando largo rato á su hija mientras ésta lloraba sin cesar. ¡Oh qué mirada la de Silia! ¡Qué terrible y muda interrogacion! ¡Cómo reconoció lentamente desde los piés hasta la cabeza y pliegue por pliegue aquel traje de vírgen, cuyos jirones, así como el desorden de sus cabellos y las manchas amo-

ratadas de sus miembros, ponía de manifiesto á los ojos de la madre todos los actos de violencia de que habia sido víctima su hija! Por último, ¡á qué horrible certidumbre tocó Silia cuando separándole del rostro las manos, para interrogar la fisonomía de Chrysis, exclamó con ojos de fuego y seno palpitante:

— ¡Conque es verdad!

— ¡Sí, madre mia! — respondió Chrysis en el colmo de la desesperacion.

Silia respondió tambien á esta confesion; pero fué con un grito sordo y reconcentrado, ó más bien con el rugido de una leona que se apresta á una fiera venganza. En aquel momento ya no era aquella noble y dulce dama tan inclinada á los placeres como ávida de escuchar las galanterías de los jóvenes patricios, sonriente á las miradas que se le dirigian para expresarle una súplica ó para decirle que era hermosa: de repente se convirtió en otra mujer, presa de la indignacion, furiosa, implacable, y la primera frase que dirigió á su hija, despues de aquella terrible revelacion, fué decirle:

— ¡Ah! ¡Yo necesito que me lo digas todo!

— ¡Madre mia! ¡Ah!... ¿qué es lo que pretendéis que os diga?

— ¡Todo, hija mia, yo quiero saberlo todo!

— ¡Ah, jamas!

— ¡Oh! ¿Y cómo quieres entónces que yo te vengaue?

Al oír la palabra venganza se incorporó de nuevo la jóven, y dirigiendo á su madre una mirada llena de gratitud, se reanimó su semblante, y con fiera expresion exclamó:

— ¡Ah! todo lo sabrás.

Chrysis se aproximó á su madre, y dirigiendo una furtiva mirada en derredor, la dijo en voz baja:

— Estamos solas, ¿no es verdad? ¿Nadie puede oírnos?

Silia dejó escapar una amarga sonrisa, y casi estuvo á punto de declarar á Chrysis la nueva desgracia que ésta áun ignoraba; pero consideró prudente ocultársela todavía, y respondió:

— Puedes hablar desde luégo.

— Llegamos á Nemausus hoy por la mañana.

— Ya lo sé.

— En seguida hemos ido á tu casa.

— Y mi casa ha estado cerrada para vosotros, y os habeis ido al Circo, y despues os habeis hospedado en casa de Fausto... ¿Y luégo?

— Luégo mi hermano ha salido con Eumolpe: Cneyo, para asistir al banquete del Duunviro; y el poeta...

— ¡Espera!— gritó Silia;— Eumolpe no habia sido designado por la suerte con una tableta para recibir veinte azotes?

— Así es, en efecto.

Silia entónces recordó el relato de Bibulo, la ausencia de uno de los convidados, y vino tambien á su memoria aquella voz que le habia gritado: «Silia, ¿por qué has tenido cerradas, hoy por la mañana, las puertas de tu casa?»

— ¡Era Cneyo! exclamó.

— ¿Cneyo?

— Sí, Cneyo que ha sido azotado como un esclavo; Cneyo, mi querido hijo, ¡oh!...

Y Silia se puso de pié cerrando los puños y apoyándolos en su frente, poseida de furor.

Chrysis la interrogó á su vez:

— ¿Qué decis, madre mia? ¡Mi hermano azotado! Mi hermano...

— No—exclamó Silia con voz sombría— habla, habla; tú eres la que debes decirme todo cuanto te ha sucedido.

— Pero mi hermano...

— Tu hermano... Yo no sé todavía lo que será de él; pero tú, Chrysis, habla, no te detengas.

— Eumolpe ¡el miserable! volvió á poco á casa de Fausto. Ya era completamente de noche y yo estaba esperando á Cneyo.— Vén conmigo, me dijo Eumolpe, por-

que he encontrado á tu madre, y Silia desea verte y abrazarte inmediatamente. — ¡Verte y abrazarté! Ya comprenderás, madre mia, que yo no podia temer nada, que nada quise averiguar de cómo y dónde te habia encontrado Eumolpe; yo le seguí llena de júbilo, casi loca de alegría, inocente, pura. ¡Oh, madre mia, si yo te hubiera encontrado entónces!... Mi padre estaba tan orgulloso de tenerme por hija suya!... Mientras que ahora...

Chrysis prorumpió de nuevo en llanto, y Silia sintió asomar tambien á sus ojos lágrimas de arrepentimiento, que supo contener contra su conciencia.

— ¿Seguiste á Eumolpe?

— Sí, madre mia; Eumolpe me condujo á traves de calles oscuras y desiertas. Yo apenas habia visto tu casa; pero si hubiera sido de dia es seguro que hubiera conocido que no era á tu casa á donde se me llevaba.

— Lo creo. ¿Y despues, y despues?

Chrysis refirió todos los detalles que habian precedido á su desgracia, que Silia queria conocer sin detencion, y que la hija retardaba en declarar, porque temblaba ante lo que le quedaba que decir.

— Acaba, Chrysis, acaba por piedad; estamos solas y hablas á tu madre. ¿Á qué casa, en fin, te condujo Eumolpe?

— La dueña de ella la llamaban Pannychis.

— ¡Pannychis!

— ¡Oh! Estoy segura de ello: ese nombre ha resonado cruelmente en mis oidos, escuchándole por encima de mis gritos. Si, se llama Pannychis, otro se llama Curion, otro Pubho Sexto, y por último, el detestable y odioso seductor...

Chrysis se detuvo.

— ¡Ese! ¿Cómo se llama ése?

— Metelo.

— ¡Metelo!

— ¿Le conoces?

— ¡Los conozco á todos!

Silia se detuvo tambien, y despues continuó diciendo:

— ¿Y cuando tú entraste se encontraban ya beodos; exaltados?

— No lo sé: cada cual ocupaba su lecho cerca de la mesa, y la mujer que ántes he nombrado, exclamó al verme entrar: «Metelo, aquí tienes á la hermosa jóven que pretendes arrebatar á Fausto.»

— ¿A Fausto? exclamó Silia.

— ¡Sí, madre mia! Aquella infame mujer afirmaba que yo era la amada de Fausto, y añadia que por mí Fausto abandonaria á...

Chrysis no concluyó la frase, y un encendido pudor, que no habia enrojecido

hasta entónces su rostro miéntras referia su propia deshonra, coloreó sus mejillas.

— Diria que por tu amor Fausto abandonaria el de Silia... ¡ Oh !... Pluguiera á los dioses que hubiera dicho verdad: tú eras bien digna de él; tú merecias tan noble esposo... Pero los miserables que te han deshonrado.... Por qué tú no me lo has dicho todo aún, ¿no es cierto?

— ¡ Ah ! Qué más quereis que os diga, madre mia ? Yo les dije quien yo era y se han reido de mí; yo les supliqué y se mofaron de mis súplicas; yo me arrojé llorando á sus piés y se burlaron de mis lágrimas; yo quise huir y todos me sujetaron; yo intenté suicidarme y me arrebataron el cuchillo que ya tenia en mis manos; yo me resistí y me defendí desesperadamente en lucha desigual contra el bestial atropello de Metelo, y el cielo, á quien invocaba, no se desplomó para aplastar su cabeza; yo, en fin, deseé morir cuando me faltaron las fuerzas, y aquí tienes á tu hija viva, pero deshonrada, vejada y perdida.... bien lo ves, madre mia... ¡ Madre, madre ! ¿ Cuándo querrás vengarme ?

Silia permaneció muda, ahogada por el llanto, sofocada por la rabia y traspasada por el dolor.

— Al preguntarte que cuándo me ven-

garás, ¿ por qué no me respondes, madre mia ?

Silia, sacudiendo la cabeza con la mayor desesperacion y retorciéndose los brazos, respondió:

— ¡ Y si no me fuera posible vengarte !

— ¡ Tú, Silia; tú, mi madre; tú, la esposa de Silano !

— Y la prisionera de Bibulo, como lo eres tú tambien en este instante, para ser luégo ambas las víctimas de Neron.

— ¡ Oh, madre mia ! ¿ qué dices ?

— Repara el lugar donde estamos.

La jóven pudo comprender entónces cuál era la triste situacion en que se encontraban, no sólo al observar aquel miserable y reducido encierro, sino escuchando á su vez de los labios de su madre el relato de la llegada de Vindex con las órdenes de Neron, el arresto de ese mismo Vindex, el de Fausto, el suyo propio y quizás el de Cneyo.

— ¿ Cneyo estará libre aún ? preguntó Chrysis.

— No puedo saberlo.

— Madre mia, si estuviera libre, Cneyo nos salvará, Cneyo nos vengará ! ¡ Oh ! Miéntras viva Cneyo podemos tener alguna esperanza.

— ¿ Y qué podrá hacer un niño solo

contra todo el Imperio? ¡Ah, Chrysis! Cneyo sucumbiría, si no ha sucumbido ya.

Y aquellas dos desdichadas mujeres, abatidas por la fuerza del terrible infortunio que sobre ambas pesaba, quedaron mudas, contemplándose mutuamente, con la frente inclinada, y meditando quizás sobre un mismo pensamiento: la muerte.

Sin embargo, no habian terminado para estos dos seres las emociones que debian experimentar en aquel mismo dia, y tanto Silia como Chrysis estaban ambas destinadas á sufrir otras aún más dolorosas y terribles que las que hasta aquel momento las afligia. La más amarga de las desventuras no lo es tanto, si por encima de nuestros dolores vemos sobrenadar y quedar á salvo los más puros afectos y sentimientos del alma. Morir juntas, heridas por un desastre más fuerte y poderoso que la voluntad, era horrible, ciertamente, y si Cneyo se hubiera encontrado entre su madre y su hermana, verle éstas morir junto á ellas hubiera sido una tremenda pena para ambas; pero esa misma desgracia no hubiera sido tan sensible para Silia y para Chrysis, como la de sufrir el abandono de Cneyo y ser testigos de su bajeza y de su infamia.

Este último sufrimiento les reservaba el destino, porque todas las apariencias ponian de manifiesto la indignidad de Cneyo.

\* \* \*

Ya hemos dicho que Cneyo habia vuelto á salir del palacio del Duunviro acompañado de un licitor, de un decurion y de algunos soldados. Sus propósitos, por el momento, se concretaban á vengarse de los infames que habian ultrajado á su hermana, porque contaba con que éstos intentarían alguna resistencia, y se prometia provecharse de esta circunstancia para ensañarse con ellos. Sin duda que no se reducía solamente á esto su proyecto. Lo primero para Cneyo era la salvacion de su madre y de su hermana; pero considerando esto casi imposible, buscaba al ménos la venganza como una insignificante compensacion de su desgracia. Y aquella venganza parecia que tambien se le escapaba, porque no encontró en sus respectivas casas á ninguno de los culpables, y al llegar á la de Metelo, y al penetrar en ella, supo que éste acababa de partir acompañado de los otros, á quienes por un momento habia dado asilo.

No tardó mucho Cneyo en descubrir el paradero de todos ellos, y supo que au-